

POLICIAS Y HAMPONES

LA PELÍCULA DEL ATRACO de la calle de Santa Clara

Escenario

Un bar en la Plaza de la Opera. Parejas de enamorados en los huecos de las ventanas, recatados tras espesos visillos. La gramola eléctrica, aturdidora, suena incansable, permitiendo las conversaciones en voz baja, boca contra oído.

Cuatro hombres dialogan en una mesa del fondo del local. Vestidos mesocráticos; trazas entre de artesanos y señoritos: cuellos blandos, sombreros flexibles, «checos» e impermeables «plumas». Pobreza disimulada de la clase media. Jóvenes viciosos, disgustados de la desproporción entre el ansia de placer grande y el sueldo o el jornal escasos.

Un primer plano

El hijo, Manuel Yagüe Sanz. Su padrastro es al mismo tiempo su tío: hombre emprendedor de negocios, que maneja abundante dinero. El hijo odia al padrastro. A su decir, la madre es una víctima de su segundo marido. El hijo quisiera vengar en él posibles malos tratos. Hace brillar ante los ojos de los camaradas la tentación; él sabe que en su casa el padrastro tiene dinero y dónde lo guarda. La codicia y el rencor hacen relampaguear las pupilas; se crispan, ansiosas, las manos; se juntan las cabezas en la confidencia, reseca las fauces la emoción. La trama cuaja. Una sonrisa de anticipada venganza dilata el rostro del inductor. El mal ladrón, el doméstico, el enemigo de su propia casa, contra el que no es posible resguardarse, se destaca en un primer plano dramático, que esfuma lentamente una nube de cobardía, de venganza, de rencor.

Otro primer plano

¿Doroteo Muñiz?

¿Felipe Sandoval? ¿El doctor Muñiz? Tipo del hampa profesional, delinciente veterano, vividor, pícaro, aventurero. Es el director de escena, el «animador» del film. Ya conoce la holganza viciosa y el sobresalto de las horas de persecución. Estuvo en la Cárcel; sabe el regusto ácido de la mala vida y el vértigo de las fugas culpables. El manda a todos los demás, novatos del delito, que serán cera sumisa entre sus manos diestras de ladrón. Estimulará la codicia de uno, el rencor de otro, la afición viciosa de aquél. Y para él, el mejor fruto de la hazaña. Parte de león para el pajarraco de rapiña. Y si vienen mal dadas... Su mano diestra acaricia en el bolsillo de su americana la pistola negra, brillante, como un juguete, que ladra y arde y mata.

Escenario

Suena el timbre en el pisito de la calle de Santa Clara.

Doña Josefa Sanz acude a abrir. Preguntan por su marido, don Agapito Velasco, que no está en casa. Abre, confiada, la puerta. Tres hombres se agrupan en el umbral.

—Somos agentes de Policía, que venimos a registrar la casa—dicen a la señora.

Sandoval es el que habla. El más resuelto, el más hábil.

La señora quiere poner reparos.

Y entonces el juguete negro, pavonado, brilla en manos del jefe.

—¡Silencio! ¡Si grita usted, la malo!

Y los tres hampones penetran de un empellón en la casa. Doña Josefa, muda de terror, retrocede, amenazada por el ojo negro de la pistola, que le apunta al corazón.

Otro primer plano

Enrique García y García, el empleadito, se ve en el pasillo de aquella casa extraña y con una pistola en la mano. ¿Qué hace él allí? ¿Cómo ha podido lle-



En esta cornería se fraguó el atraco



La casa número ocho de la calle de Santa Clara



Agapito Velasco, robado, era el con tratilla de los comedores sociales...



Este fué el coche en que huyeron los atracadores



Enrique García, uno de los atracadores



Juan Saavedra



Manuel Yagüe, que propuso y planeó el robo



Anastasio Fernández, que condujo el coche